

Lo académico, lo comunitario y lo personal en la praxis de la Psicología Comunitaria: ¿Un monstruo de tres cabezas o la santísima trinidad?

The academic, the communitarian, and the personal in Community Psychology praxis: A three-headed monster or the holy trinity?

Blanca Ortiz

Autor referente: b.ortiz@upr.edu

Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras

Historia editorial

Recibido: 14/05/2015

Aceptado: 04/08/2015

RESUMEN

La praxis de los/as Psicólogo/as Comunitario/as se caracteriza por integrar nuestros ámbitos de acción de manera que reflejen las metas y los valores de la disciplina. Mi trabajo como Psicóloga Comunitaria ha incluido escenarios como: docencia en programas de pregrado y postgrado en la Universidad del estado, centros de investigación, organizaciones de base comunitaria que realizan trabajo de prevención, investigaciones colaborativas con comunidades geográficas, consultoría a sindicatos, colaboraciones internacionales y trabajo voluntario con iniciativas

multisectoriales. De esta praxis han emergido tres identidades: profesora e investigadora universitaria en un Programa Graduado de Psicología Social Comunitaria, Psicóloga Comunitaria trabajando en escenarios del "mundo real" y activista social. Este artículo constituye una reflexión sobre la complejidad de asumir simultáneamente dichas identidades, los dilemas que la caracterizan, así como formas de armonizar las mismas. Esta reflexión es necesaria de cara a la formación de futuros psicólogos/as y de la renovación y/o transformación de los valores y metas de la disciplina.

Palabras clave: Praxis; Psicología Comunitaria; Valores; Academia

ABSTRACT

Community Psychologists' praxis is characterized by the integration of our action domains to reflect the goals and values of the discipline. My work as a Community Psychologist has included scenarios such as: undergraduate and graduate programs at the state university, research centers, community-based organizations working with prevention, collaborative research with geographical communities, consultancies with workers unions, international collaborations, and volunteer work with multisectoral initiatives. From this praxis

three identities have emerged: university professor and researcher in a graduate Community Psychology program, community psychologist working in "real world" scenarios, and social activist. This article is a reflection about the complexity of simultaneously assuming these identities and the dilemmas that emerge from them, as well of potential ways of harmonizing them. This reflection is necessary as we consider the training of future psychologists as well as the renovation and/or transformation of Community Psychology's values and goals.

Keywords: Community Psychology; Praxis; Values; Academia

Recientemente se ha venido sosteniendo una discusión al seno de la Psicología Comunitaria sobre cuán cerca o distantes están nuestras prácticas de las declaraciones de valores y aspiraciones que han caracterizado nuestro quehacer (Ortiz-Torres, Pérez-Viera, & Gonzalez, 2011; Prilleltensky, 2001). De dicha discusión han surgido propuestas diversas, entre éstas: el desarrollo de un plano extendido que permita cartografiar las prácticas de la disciplina (Berroeta, 2014); la formación académica y el desarrollo de una praxis basada en principios como la promoción del cambio y la justicia social, la equidad y la diversidad cultural (Prilleltensky, 2001); un mayor énfasis en la dimensión crítica de nuestro quehacer (Davidson et al., 2006; Kagan, Burton, & Duckett, 2011; Ortiz-Torres, 1999); y el involucramiento en debates intradisciplinarios que permitan dilucidar "las inconsistencias entre expectativas y logros" (Wiesenfeld, 2014, p. 15).

Nelson y Prilleltensky (2005) propusieron el término de 'validez psicopolítica' para referirse a la evaluación del quehacer de los/as psicólogos/as comunitarios a la luz de

dos criterios fundamentales: compromiso (con los valores de la disciplina) y rendición de cuentas (a uno mismo, a los demás, a la comunidad y a la profesión¹). Este trabajo constituye una reflexión guiada por la noción de validez psicopolítica para aquilatar, desde el compromiso y la rendición de cuentas, los retos y dilemas que se generan desde las diversas identidades que emergen a partir de nuestro quehacer, así como del intento de armonizar las mismas. Se trata de un ejercicio reflexivo a la luz de los debates contemporáneos en la disciplina, que de alguna manera aspira a aportar a la renovación y/o transformación de sus valores y metas (Berroeta, 2014; Ortiz-Torres et al., 2011; Wiesenfield, 2014).

Mi trabajo como Psicóloga Comunitaria ha incluido escenarios tan diversos como: docencia en programas de pregrado y postgrado en la Universidad del Estado, centros de investigación, organizaciones de base comunitaria que realizan trabajo de prevención, investigaciones colaborativas con comunidades geográficas, consultoría a sindicatos, colaboraciones internacionales y trabajo voluntario con organizaciones e iniciativas multisectoriales. De esta praxis han emergido al menos tres identidades: la de Académica, la de Psicóloga Comunitaria trabajando en escenarios del “mundo real” y la de Activista Social. Veamos algunos de los retos y dilemas que acompañan la primera identidad.

La Académica

Soy docente hace dos décadas del primer programa de post-grado (ofrece Maestrías y Doctorados) fundado en América Latina en una disciplina híbrida: Psicología Social-Comunitaria (Rivera-Medina, 1992). Periódicamente colegas y egresados/as de nuestro programa, han intentado dar cuenta de los dilemas que periódicamente hemos enfrentado, incluyendo las preocupaciones con el futuro de la disciplina (Miranda, 2005; Ortiz-Torres et al., 2011; Torres, Resto-Olivo, Serrano-García, & Rodríguez,

2011). Hace ya una década Miranda (2005) ofrecía una mirada a la disciplina partiendo de la tesis de que se ha dado en la Psicología Social Comunitaria de nuestro país una apariencia de ruptura, separación o divorcio entre “lo social” y “lo comunitario” que no es necesariamente correcta. Señalaba que conceptualizar lo social como teórico y no acción y lo comunitario como acción y compromiso no necesariamente representa a la disciplina. Aseguraba entonces que, si bien es cierto que durante la llamada ‘crisis de confianza’ de la psicología afloraron dos tensiones: la epistemológica y la social, hoy día toda la disciplina está atravesada por estas tensiones, aunque “hubo una tendencia a quedarnos en la discusión epistemológica” (p. 87).

Quizá la tendencia que identificaba Miranda sigue viva hoy día y con frecuencia me preguntan. “¿Cómo afirmar lo comunitario en ese binomio de ‘social-comunitaria’? He llegado a comprender que no es necesario afirmar lo uno o lo otro como si fuera un imperativo identitario. Desde mi perspectiva, afirmar “lo comunitario” implica reconocer que nuestro objeto de estudio se transforma casi con la misma velocidad con la que intentamos definirlo (Montero, 2006). No puede ser de otra manera porque, al decir de Wiesenfeld (2011), se trata de una disciplina “compleja, diversa, dinámica y desafiante” (p. 100). Afirmar lo comunitario ha significado reconocer nuevas formas de organización e interacción que, claro está, requieren nuevas formas de conceptualización, intervención y formación (Jenkins, 2010; Kagan et al., 2011; Torres et al., 2011). Afirmar lo comunitario implica también acoger la transdisciplinariedad porque aquello que sabemos “comunitario” no es materia exclusiva de nuestra disciplina (Lara, 2007; Ortiz-Torres et al., 2011). Reconocer la importancia de la transdisciplinariedad en nuestra praxis implica la posibilidad de acoger nuevos valores y metas que para nada contradicen los valores y metas “originales” de la Psicología Comunitaria, así como reconocer que nuestros valores y metas inciden en otras disciplinas. En este sentido, Stark (2011) considera que la Psicología Comunitaria es una “ciencia enlace” que no solo vincula las fortalezas de varias disciplinas, sino que

añade nuevas preguntas e ideas en relación a los fenómenos de interés de éstas.

En la academia y desde la academia surgen otras preguntas: ¿Cómo contribuir a formar a nuestros estudiantes para ejercer su práctica con pasión y compromiso y a la vez con el mayor rigor científico? ¿Será que al estar guiados por los valores de la disciplina hacemos una “declaración de fe” que nos distancia de la ciencia y la investigación? Posiblemente las respuestas a estas preguntas están precisamente allí donde en apariencia surge el dilema: en los valores que guían la disciplina. Es decir, la Psicología Comunitaria reconoce que hacer ciencia implica rigor, sistematicidad, conocimientos sobre metodología, e integridad ética, entre otros. Montero (2006) sustenta estas consideraciones con lo que ella llama “las razones del método” en la Psicología Comunitaria: “necesitamos modos y vías sistemáticos, y por lo tanto compartibles y verificables, para producir conocimientos. También lo hacemos porque necesitamos seguridad respecto de lo que producimos en el proceso de investigar. Y porque necesitamos validez (p. 37).” Es cierto también que hacer investigación desde nuestra disciplina implica además, un compromiso con la participación de aquello/as con los que, para los que y sobre los que investigamos, e implica un compromiso con la acción a partir de los resultados obtenidos (Nelson, & Prilleltensky, 2005; Quintal de Freitas, 2009).

De ahí que como investigadora trato siempre de incorporar las dimensiones sociales, comunitarias y culturales en el estudio de cada fenómeno de interés. Ya forma parte de nuestro quehacer que estudiantes y las personas, grupos y/o organizaciones con las que trabajamos participen desde el inicio en la formulación de las preguntas de investigación, para luego explicitar los valores que nos guían y determinar el curso que seguirá el trabajo de investigación. Colectivamente evaluamos constantemente qué preguntas se han quedado fuera y especialmente si los métodos, procedimientos y técnicas de investigación responden verdaderamente a niveles extraindividuales de análisis y conceptualización. Cada grupo de investigación sabe que esas preguntas

son tentativas y podrían variar cuando las presentamos a los grupos, organizaciones o comunidades con los que trabajamos y, de hecho, la mayor parte de las veces pasan por modificaciones. Este proceso de mentoría entre todos/as los que componemos el equipo de investigación siempre resulta enriquecedor, sobre todo porque la mayoría de las veces incluye a estudiantes no solo de Psicología Social Comunitaria, sino de otras especialidades y disciplinas.

Un abordaje similar guía la selección de centros de práctica y la forma en que organizamos las experiencias para los/as estudiantes. La mayoría de mis estudiantes ha realizado sus prácticas en comunidades funcionales y no geográficas (aunque también lo han hecho en comunidades geográficas) y en organizaciones diversas que trabajan con desarrollo económico-comunitario, educación, vivienda, desarrollo de mujeres como micro-empresarias, participación ciudadana y política pública y, las menos de las veces, en agencias gubernamentales.

Estas experiencias los/as exponen a formas diversas de entender, atender e intervenir. Los/as estudiantes participan en investigación, evaluación de programas o proyectos, diseño e implantación de intervenciones, desarrollo de memoriales sobre proyectos de ley para la legislatura, organización de comunidades y grupos, y desarrollo de documentales o trabajo gráfico sobre algunos de los proyectos, entre otras tareas y acciones. Todas estas experiencias están guiadas por un modelo lógico de planificación estratégica (W. K. Kellogg Foundation, 2004) de cada experiencia práctica que desarrollan en coordinación con el equipo de trabajo de su centro de práctica y con nuestro equipo. Pero, como veremos a continuación, el trabajo con la comunidad puede realizarse desde otras identidades.

La Psicóloga Comunitaria en el “Mundo Real”

Mis más recientes colaboraciones con organizaciones no-gubernamentales incluyen al

proyecto Agenda Ciudadana (Ortiz-Torres, & Lara, 2010). Mi participación en Agenda me ha permitido contribuir en la incidencia en diversos espacios de poder como los medios de comunicación y el gobierno, a través de la generación de foros ciudadanos, mesas de trabajo transectoriales y generación de propuestas específicas de política pública o de otros tipos de acción ciudadana. Con otra organización, Cumbre Social (<http://www.cumbresocialpr.org/>), hemos trabajado en la evaluación y sistematización del trabajo de 12 años con sectores tan diversos como sindicatos, cooperativas y gobierno por la generación y transformación de políticas públicas. Con la Corporación para el Desarrollo Integral de la Península de Cantera (un interesante proyecto de veinte años para el desarrollo de una comunidad geográfica marginada) hemos conceptualizado y desarrollado una investigación para aquilatar las rutas para el desarrollo del capital comunitario (Ortiz-Torres et al., 2014). Todas estas colaboraciones incorporan a estudiantes que, al terminar su práctica o la investigación en la que participan, en muchos casos obtienen empleo en las organizaciones para la realización de proyectos particulares. Estas colaboraciones no están exentas de cuestionamientos y dilemas.

Hace un tiempo decía que la Psicología Comunitaria es quizá una de las pocas disciplinas que, al explicitar sus valores, nos mantiene a quienes la practicamos en constante estado de rendición de cuentas, con la consiguiente tensión que dicho estado genera (Ortiz-Torres, 2005). Davidson y sus colaboradores (2006) llamaron a ese estado el “método de escrutinio perpetuo” que la Psicología Comunitaria recoge de la teoría crítica y que permite evitar la cooptación. Este escrutinio es mayor cuando nos insertamos en escenarios comunitarios y enfrentamos dilemas como: ¿Qué tipo de vínculos mantener con el “mundo real”?, ¿nuestra colaboración debe darse desde la consultoría, el trabajo directo, o la capacitación? En casos particulares, ¿la relación con cada grupo debe darse desde la Universidad o en mi carácter personal? ¿Qué hacer cuando la organización con la que trabajo pretende influir los resultados de la

investigación antes de que se ejecute la misma? ¿Cuándo es buen momento para terminar una relación colaborativa que no parece ser productiva para ninguna de las partes? Las respuestas (siempre tentativas) a estas preguntas no surgen exclusivamente desde lo personal o lo académico, sino también desde mi identidad de Psicóloga Comunitaria. Estas preguntas y respuestas aluden también a principios éticos de los que, por diversas razones, no se habla mucho. Como ha señalado Heller (2004), no hablamos frecuentemente de asuntos éticos en la disciplina, porque ciertamente pensamos que somos personas honestas y morales, preocupadas por el bienestar de los demás e interesadas en la justicia social. Su sugerencia es que, además de hablar más del tema, reconozcamos la posibilidad de consecuencias negativas no anticipadas de nuestras intervenciones y estar alerta a cómo podríamos reaccionar si ocurren.

Desde nuestra disciplina cada inserción en el “mundo real” debiera suponer la posibilidad de promover el cambio social. Claro que este supuesto lleva a nuevas preguntas: ¿Desde qué nichos se puede contribuir más a la promoción del cambio social?; ¿desde las organizaciones no-gubernamentales, los sindicatos o asociaciones, o desde una agencia gubernamental que anuncia que está verdaderamente interesada en la transformación social? Una vez tomada la decisión: ¿Qué niveles de intervención estamos privilegiando en cada caso?; ¿Son estos los que tienen mayor potencial de promover el cambio social? Consciente de que mi praxis desde las dos identidades descritas nunca será suficiente como para alcanzar todas nuestras aspiraciones disciplinarias, se hace necesario trabajar como activista en diversos movimientos y esfuerzos colectivos.

La Activista Comunitaria

Como activista involucrada en luchas políticas y comunitarias por muchos años he

lidiado con dilemas como: ¿dónde comienzan y terminan mis identidades anteriores?; ¿cuál es la mejor contribución que puedo hacer a mi país como ciudadana-psicóloga comunitaria-académica? ¿Desde el ejercicio de la ciudadanía, cómo cambia mi relación con un Estado del cual soy crítica en ocasiones, colaboradora en otras y administradora otras tantas? Veamos algunos ejemplos.

Desde mi identidad de activista participé en el Grupo de Apoyo Técnico para el Desarrollo Sustentable de Vieques, que desarrolló y presentó guías al gobierno para el desarrollo de esa Isla Municipio luego de la salida de la Marina de Estados Unidos de su territorio (Grupo de Apoyo Técnico y Profesional para el Desarrollo Sustentable de Vieques, 2002)². Con los sindicatos hemos desarrollado talleres para promover la participación ciudadana, respondiendo a la preocupación de estos sobre la escasa participación de los/as unionados en sus acciones colectivas (Ortiz-Torres, & Santana Mariño, 2009). Con el movimiento 'Todo Puerto Rico por Puerto Rico' trabajamos en la forja de una alianza para combatir las políticas de exclusión del Estado³ y con los estudiantes participé en una huelga para impedir la aprobación de una cuota que encarecía los costos de la educación universitaria (Ortiz-Torres, Figueroa, Maldonado, Toledo, & Martínez, 2012).

Estas y otras acciones personales también son guiadas por valores de la Psicología Comunitaria como son el compromiso con el cambio y la justicia social. Coincido con el planteamiento de Kagan et al. (2011) que subrayan la importancia de ofrecer y recibir apoyo no solo de otros psicólogos/as comunitarios, sino que “una psicología comunitaria liberadora debe ser parte de luchas y desarrollos más amplios para el logro de alternativas sociales” (p. 33). Estos autores advierten sobre la posibilidad de que cuando nos insertemos en estas relaciones y procesos es posible que tengamos que re-negociar nuestro rol y actuar menos como psicólogos y más como ciudadanos, trabajadores y activistas.

Conclusión

La teoría crítica nos invita a revisar los supuestos profesionales y teóricos inherentes a las prácticas académicas, abordando preguntas existenciales como las que planteo en este trabajo (Davidson et al., 2006). Como han señalado Nelson y Prilleltensky (2005) siguiendo planteamientos de diversos movimientos feministas, es importante que nos hagamos cargo de nuestro lugar y posición en la disciplina y en la sociedad. Esto solo es posible lograrlo reconociendo nuestra subjetividad y conectando lo profesional, lo personal y lo político.

La trilogía de identidades descritas me retan constantemente a aquilatar si de alguna manera he contribuido a promover cambios y si mi trabajo aporta al desarrollo de la Psicología Comunitaria y al movimiento hacia una sociedad más justa y equitativa. Como investigadora he privilegiado las intervenciones estructurales que trasciendan el nivel individual, sin embargo, el alcance de las mismas se ve limitado por la dificultad de que el sector gubernamental las asuma como parte de sus políticas públicas (Rodríguez-Ferreyra, 2009). El trabajo con organizaciones no-gubernamentales me ha permitido aprender que las alianzas con sectores tan aparentemente disímiles como los sindicatos y los medios de comunicación son posibles y constituyen vías a través de las cuales puede adelantarse la participación ciudadana y propuestas de política pública que el Estado sí está dispuesto a considerar y que tienen el potencial para contribuir a la equidad social. Como activista social se hace cada día más evidente que las metas y valores de la Psicología Comunitaria también pueden guiar mi quehacer personal, de manera que, lejos de aspirar a resolver las contradicciones que generan mis interacciones con diversos sectores, acepto la paradoja como inherente a todo mi quehacer.

No puedo negar, sin embargo, que los intentos por armonizar estas tres identidades y

resolver las encrucijadas descritas, con frecuencia me deja pensando si las aparentes soluciones son virtuosas como nos han dicho que es la santísima Trinidad o, si se trata, en su lugar, de un monstruo de tres cabezas.

Referencias

- Berroeta, H. (2014). El quehacer de la Psicología Comunitaria: Coordinadas para una cartografía. *Psicoperspectivas Individuo y Sociedad*, 13(2), 19–31. Recuperado de <http://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/viewFile/352/320>
- Davidson, H., Evans, S., Ganote, C., Henrickson, J., Jacobs-Priebe, L., Jones, D. L., ... Riemer, M. (2006). Power and action in critical theory across disciplines: Implications for critical community psychology. *American Journal of Community Psychology*, 38(1-2), 35–49. <http://doi.org/10.1007/s10464-006-9061-4>
- Grupo de Apoyo Técnico y Profesional para el Desarrollo Sustentable de Vieques. (2002). *Guías para el Desarrollo Sustentable de Vieques*. San Juan: Gaviota.
- Heller, K. (2004). The ethics of community intervention. En A. Sánchez Vidal, A. Zambrano Constanzo, & M. Palacín Lois (Eds.), *Psicología comunitaria Europea: Comunidad, poder, ética y valores* (pp. 155-165). Barcelona: Universidad de Barcelona.
- Jenkins, R. A. (2010). Applied Roles and the future of community psychology. *American Journal of Community Psychology*, 45(1-2), 68-72. <http://doi.org/10.1007/s10464-009-9285-1>
- Kagan, C., Burton, M., & Duckett, P. (2011). *Critical Community Psychology*. Manchester: Blackwell.
- Lara, M. (2007). La complejidad y la transdisciplinariedad en la Psicología Social Comunitaria. En M. Lara (Ed.), *Al margen de los márgenes: Transdisciplinariedad y complejidad* (pp. 91-115). San Juan: Koiné.

- Miranda, D. (2005). Lo social y comunitario en la Psicología Social Comunitaria. En N. Varas-Díaz & I. Serrano-García (Eds.), *Psicología Comunitaria: Reflexiones, implicaciones y nuevos rumbos* (pp. 81-101). San Juan: Publicaciones Puertorriqueñas.
- Montero, M. (2006). *Hacer para transformar: El método en la Psicología Comunitaria*. Buenos Aires: Paidós.
- Nelson, G., & Prilleltensky, I. (2005). The foundations of community research. En G. Nelson & I. Prilleltensky (Eds.), *Community psychology: In pursuit of liberation and well-being* (pp. 235-254). New York, NY: Palgrave Macmillan.
- Ortiz-Torres, B. (1999). El empowerment como alternativa teórica para América Latina. *Revista Interamericana de Psicología*, 33(2), 49-65.
- Ortiz-Torres, B. (2005). Living up to Community Psychology goals and values. En G. Nelson & I. Prilleltensky (Eds.). *Community Psychology: In pursuit of liberation and well-being* (pp. 134-136). New York: Palgrave.
- Ortiz-Torres, B., Figueroa, F., Maldonado, Y., Toledo, N., & Martínez, E. (2012). Políticas de exclusión en Puerto Rico: Medios de comunicación, Estado, y sociedad civil. En I. Serrano-García, D. Pérez Jiménez, J. Resto-Olivo, & M. Figueroa (Eds.), *Psicología Comunitaria Internacional, Vol. 2: Aproximaciones a los problemas sociales contemporáneos* (pp. 123-136). Puebla: Universidad Iberoamericana Puebla.
- Ortiz-Torres, B., & Lara, M. (2010). Participación ciudadana para la promoción de una política social de equidad: Los Foros Ciudadanos de Puerto Rico. En N. Burgos Ortiz, L. Urizar de Alvarado, M. Bojórquez de Grajeda, & J. Díaz Argueta (Eds.), *Política Social y Trabajo Social: Hacia la construcción de la equidad* (pp. 272-280). Guatemala: Universidad de San Carlos.
- Ortiz-Torres, B., Martínez-Torres, E., Torres, N., Guerrero, C., Luciano, I., Chiclana, I., . . . Cortes, M. (2014). *Las rutas para el desarrollo de capital comunitario en la*

Península de Cantera. Manuscrito en preparación.

- Ortiz-Torres, B., Pérez-Viera, A., & González, A. (2011). Disciplina o transdisciplina: Hacia una visión de futuro de la Psicología Comunitaria. *Investigaciones en Psicología*, 16(1), 29-40.
- Ortiz-Torres, B., & Santana Mariño, J. (2009). *Talleres de Participación Ciudadana*. San Juan: *Cumbre Social*. Manuscrito inédito. Instituto de Investigación Psicológica, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras.
- Paralitici, J. (2006). Las luchas civiles de un pueblo: El caso de Vieques. *Fundación Luis Muñoz Marín*. Recuperado de http://www.plazacritica.org/articulos06_2/LasluchasCiviles.pdf
- Prilleltensky, I. (2001). Value-based praxis in community psychology: Moving toward social justice and social action. *American Journal of Community Psychology*, 29(5), 747-778. <http://doi.org/10.1023/A:1010417201918>
- Quintal de Freitas, M. (2009). (Des)Encuentros entre intervención e investigación comunitaria: Dilemas éticos en la perspectiva de la Psicología Social-Comunitaria. En C. Vázquez, D. Pérez, M. Figueroa, & W. Pacheco (Eds.), *Psicología Comunitaria Internacional: Agendas compartidas en la diversidad* (pp. 151-179). San Juan, Puerto Rico: Actividades de Formación Comunitaria, Inc.
- Rivera-Medina, E. (1992). La psicología Social-Comunitaria en la Universidad de Puerto Rico: Desarrollo de una experiencia. En I. Serrano-García & W. Rosario (Eds.), *Contribuciones Puertorriqueñas a la Psicología Social-Comunitaria* (pp. 3-18). San Juan: Universidad de Puerto Rico.
- Rodríguez-Ferreya, A. (2009). Social policies in Uruguay: A view from the political dimension of community psychology. *American Journal of Community Psychology*, 43(1-2), 122-133. <http://doi.org/10.1007/s10464-008-9213-9>

- Stark, W. (2011). Community Psychology as a linking science: Potentials and challenges for transdisciplinary competences. En E. Almeida (Ed.), *International Community Psychology, Vol. 1: Community approaches to contemporary social problems* (pp. 131-144). Puebla: Universidad Iberoamericana Puebla.
- Torres, L., Resto-Olivo, J., Serrano-García, I., & Rodríguez, S. (2011). La psicología social-comunitaria: Historia, prácticas y derroteros de una disciplina puertorriqueña. En M. Montero & I. Serrano-García (Comps.), *Historia de la Psicología Comunitaria en América Latina: Participación y Transformación*. Buenos Aires: Paidós.
- W. K. Kellogg Foundation. (2004). *Using logic models to bring together planning, evaluation, and action*. Michigan: W.K. Kellogg Foundation.
- Wiesenfeld, E. (2011). Community psychology in Latin America: Myths, dilemmas and challenges. En E. Almeida (Ed.), *International Community Psychology, Vol. 1: Community approaches to contemporary social problems* (pp. 97-122). Puebla: Universidad Iberoamericana Puebla.
- Wiesenfeld, E. (2014). La Psicología Social Comunitaria en América Latina: ¿Consolidación o crisis? *Psicoperspectivas*, 13(2), 6-18. Recuperado de <http://www.psicoperspectivas.cl/index.php/psicoperspectivas/article/viewFile/357/346>

Formato de citación

- Ortiz, B. (2015). Lo académico, lo comunitario y lo personal en la praxis de la Psicología Comunitaria: ¿Un monstruo de tres cabezas o la santísima trinidad? *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 5(2), 206-221. Disponible en: <http://revista.psico.edu.uy/>
-

Notas

1 “El término ‘psicopolítico’ alude a las influencias psicológicas y políticas que interactúan para promover el bienestar, perpetuar la opresión, o generar resistencia y liberación” (Nelson, & Prilleltensky, 2005, p. 120).

2 Esa salida fue precedida por un fuerte prolongado movimiento social e intensas luchas de la sociedad civil (Paralitici, 2006)

3 La organización ya no existe aunque hay otros movimientos trabajando en esta dirección.